

# “Menos para vivir mejor”: un salto cualitativo en el debate sobre la sostenibilidad

Leandro del Moral Ituarte, Universidad de Sevilla

## Experiencias acumuladas y nuevas perspectivas

Es indiscutible que la reflexión sobre los límites del crecimiento y la más reciente crítica del concepto de “desarrollo sostenible” están experimentando una intensificación notable en estos momentos (2009-2010). El debate actual se apoya en una potente elaboración previa, de la que los trabajos de Kenneth Boulding, Ivan Illich, Nicholas Georgescu-Roegen, Herman Daly, André Gorz, E. F. Schumacher o el Informe Meadows, con sus coincidencias y discrepancias entre ellos, constituyen eslabones fundamentales. Contribuyendo a las cuestiones claves de este debate destacan, entre los autores más próximos a nosotros, los trabajos (y las acciones) de José Manuel Naredo, Antonio Estevan (recientemente desaparecido), Jorge Riechmann, Joan Martínez Alier y Javier Martínez Gil, iniciador, éste último, del ideario de la Nueva Cultura del Agua (ver Martínez Gil, 1997), entre varios otros. Lo cierto es que paralelamente a la explosión de la burbuja inmobiliaria, ha reventado entre amplios sectores de investigadores, profesionales, docentes y técnicos de la administración intelectualmente independientes el cansancio por los excesos retóricos sobre la sostenibilidad. ¿Qué más puede decirse después de lo que Luis Andrés Orive escribía en su informe para la publicación de las Prácticas nominadas por el Comité Hábitat Español en la edición de 2008?: “Asistimos boquiabiertos a espectáculos como el de la EXPO, que “necesita” ocupar un meandro y hacer navegable el Ebro para ser ejemplo mundial de sostenibilidad (...) el concepto de desarrollo sostenible (adjetivo) ha acabado por pervertir la causa de la conservación y gestión racional de los recursos y de la sostenibilidad (sustantivo) en sentido más amplio” (Andrés Orive, 2009: 23). Este hastío, esta necesidad de combatir la retórica ambiental, esta demanda de profundidad, concretada en indicadores sobre materia, energía, metabolismo y huella ecológica, pero también sobre participación activa real, cohesión e inclusión social han estado muy presentes en las deliberaciones del grupo de expertos VIII Concurso de Buenas Prácticas en 2010 (como sin duda lo habrán estado en años anteriores).

La actual eclosión de la demanda de rigor (relativamente súbita en su proyección pública y mediática pero largamente madurada y con profundas raíces en la reflexión transdisciplinar representada por los autores citados) se produce paralelamente a la penetración del debate en sectores significativos de agentes sociales (organizaciones políticas, ciudadanas, sindicales). Lo que hasta hace muy poco era un discurso con dos dimensiones (un foco académico-intelectual, respetado pero muy minoritaria, por un lado, y un discurso ecologista, omnipresente pero marcadamente marginalizado, por otro) se expande y encuentra cierto eco en ámbitos más amplios y relativamente más representativos de la diversidad social.

En los últimos años, primero en Francia e Italia, luego, con otras terminologías, en el mundo anglosajón (Movimiento sobre Transiciones Económicas Globales) y en el Sur Global, el término *decrecimiento* (*décroissance*, *degrowth*, *decrescita*) está actuando de provocación en el debate. Está sirviendo para llamar la atención sobre las consecuencias del fundamentalismo del crecimiento económico, la lógica del crecer por crecer, ignorando la naturaleza de las producciones en las que se basa el crecimiento y el absurdo de mantener la evolución de los indicadores estrictamente monetarios como criterio de

valoración de los procesos económicos. Después de 20 años de progresos limitados en términos relativos y ningún progreso en términos absolutos, no se puede seguir contando con la estrategia de la *eficiencia* y la fe en la *desmaterialización* de la economía (es decir, en el desacoplamiento del uso de materiales y energía del crecimiento). La persistencia del llamado “efecto rebote” (“efecto Jevons”) se ha hecho indiscutible: por doquier se confirma la sistemática reasignación de los ahorros producidos por la eficiencia a nuevos consumos de recursos territoriales en el marco de una economía en expansión. El caso del agua es paradigmático: los enormes avances en eficiencia (descensos de entre 15% y 25% de dotaciones en la mayoría de las ciudades españolas entre 1991 y la actualidad) no han reducido la presión sobre los ecosistemas acuáticos. Hoy ya sabemos que, además de eficiencia, la limitación y la reducción de la escala de la producción y el consumo son condiciones necesarias para avanzar hacia la reducción del consumo de materiales y energía (Schneider, Kallis y Martínez-Alier, 2010: 512, 517). Como dice Jorge Riechmann (en otro orden de cosas pero con mucha relación con lo anterior), en general la velocidad no es un valor en sí mismo: si la perseguimos es con carácter instrumental; ganar tiempo en el transporte o ser más productivos en el trabajo permitiría disfrutar de más tiempo para la vida; la obsesión por la productividad es una obsesión por el tiempo: más producto en menos tiempo y con menos trabajo humano. Pero tantos esfuerzos para ganar tiempo no han dado como resultado una reducción del que destinamos al transporte, sino que se han traducido en un aumento de las distancias por recorrer, aumentando el tiempo que empleamos en ello (Riechmann, 2004).

Los teóricos del *decrecimiento* (reunidos en la Primera Conferencia Internacional sobre Decrecimiento Económico para la Sostenibilidad Ecológica y la Equidad Social, celebrada en París en abril de 2008, <http://events.it-sudparis.eu/degrowthconference/en/>; a la que ha seguido la Segunda Conferencia de marzo 2010 en Barcelona <http://www.degrowth.eu/>) distinguen entre *depresión* (un decrecimiento no planificado, con deterioro de las condiciones sociales, en el marco de un régimen de crecimiento) y *decrecimiento sostenible*, una transición voluntaria, suave y equitativa hacia un régimen de menor producción y consumo. Las propuestas de Serge Latouche, difundidas y debatidas entre nosotros, por Francisco Fernández Buey, Joaquim Sempere, Carlos Taibo, Joan Martínez-Alier y otros, plantean la necesidad de construir formas de vida basadas en las relaciones sociales, la cercanía, la austeridad, la vida en común y la ralentización del tiempo. Dimensiones que lejos de ser limitantes son las que enriquecen la vida, como pondrían de manifiesto los estudios sobre la felicidad subjetiva de Liza Ryan y Suzanne Dziurawiec de 2006. A ellos se añaden otros que, como el de Clive Hamilton (cuyas encuestas muestran a un 42% de las mujeres y un 54% de los varones preferirían trabajar menos horas), concluyen que, a partir de determinado nivel de ingresos, el incremento en estos últimos –resultado, lógicamente, de un aumento paralelo en carga de trabajo- apenas proporciona ganancias en materia de felicidad objetiva. Estos trabajos son aportaciones recientes que vienen a continuar la investigación sobre la “paradoja de Easterlin”, que ya en 1974 había puesto de manifiesto (aunque el debate sobre la metodología utilizada no ha terminado) la falta de correlación entre felicidad y PIB, una vez alcanzados ciertos niveles de satisfacción de las necesidades básicas.

## **Visiones compartidas de cambios culturales**

Sin duda nos encontramos frente a planteamientos (en cierta medida permanentes) que apuntan a la piedra angular del debate sobre la sostenibilidad: la concepción de la *naturaleza humana*. Pero, como recientemente decía Jeremy Rifkin, desde posiciones ideológicas muy diferentes a las de los autores antes citados, “si la naturaleza humana es

como indicaban los filósofos ilustrados (John Locke, Adam Smith, Nicolas de Condorcet), probablemente estemos condenados, porque parece imposible imaginar cómo se podría crear una economía mundial sostenible y devolverle la salud a la biosfera si todos nosotros, en nuestra esencia biológica, fuéramos agentes autónomos, egoístas y materialistas". Afortunadamente, según Rifkin, hoy en día nos encontramos en la cima de una nueva convergencia histórica, en una tercera revolución industrial (tras la de la imprenta y la "conciencia ideológica" y la de las comunicaciones electrónicas y la "conciencia psicológica"). Una nueva revolución definida por la diseminación de las energías renovables y las nuevas tecnologías de la comunicación que podría extender la "sensibilidad empática" a la propia biosfera y a toda la vida terrena (Rifkin, 2010).

Esta misma percepción de la presencia (o la necesidad) de un cambio cultural profundo, un cambio de valores, objetivos y "sensibilidades", es la que viene transmitiendo Edgar Morin, aunque no desde posiciones necesariamente identificadas con el idea decrecentista. Para Morin "cuando un sistema es incapaz de resolver sus problemas vitales por sí mismo, se degrada, se desintegra, a no ser que esté en condiciones de originar un *metasistema* capaz de hacerlo y, entonces, se *metamorfosea* (...) Aunque parece posible corregir ciertos males, es imposible frenar la oleada técnico-científico-económico-civilizatoria que conduce al planeta al desastre. Y sin embargo, la historia humana ha cambiado de vía a menudo. Todo comienza siempre con una innovación, un nuevo mensaje rupturista, marginal, modesto, a menudo invisible para sus contemporáneos (...) Hay que promover, de manera desmundializadora, la alimentación de proximidad, los artesanos de proximidad, los comercios de proximidad, las huertas periurbanas, las comunidades locales y regionales (...) el objetivo ya no es fundamentalmente el desarrollo de los bienes materiales, la eficacia, la rentabilidad y lo calculable, sino el retorno de cada uno a sus necesidades interiores, el gran regreso a la vida interior y a la primacía de la comprensión del prójimo, el amor y la amistad" (Morin, 2010). Merece la pena subrayar la referencia a la tecno-ciencia, puesto que la crítica a ésta es un aspecto central del nuevo ideario: la investigación y las innovaciones tecnológicas en ese proceso de metamorfosis que propugna Morin deberían implicar aportaciones para reducir el consumo en lugar de alimentar una espiral de innovaciones orientadas al incremento exponencial del mismo.

En sintonía con estas ideas, la proposición paradigmática del decrecimiento es que el progreso humano sin crecimiento económico es posible. El *decrecimiento sostenible* implicaría una reducción del PIB tal como hoy se mide, debido a la reducción de actividades de producción y consumo a gran escala y muy intensivas en recursos. El *decrecimiento sostenible* no significaría, sin embargo, un decrecimiento generalizado y por igual: algunas actividades económicas de pequeña-media escala (energías renovables, sistemas públicos de transporte, rehabilitación de viviendas) y grupos sociales y regiones empobrecidas necesitarían crecer selectivamente. Por el contrario, el crecimiento de una empresa, sector, país o región que externalice sus costes en otros territorios no sería aceptable. En este sentido, una línea de crítica hacia el *movimiento decrecentista* insiste en la obviedad de sus planteamientos y en el error de retomar un debate (la insuficiencia del PIB como indicador de bienestar social) ya claramente resuelto. Pero si bien la maduración de la crítica a los indicadores convencionales de desarrollo es un hecho (hoy ya no se sorprende a un auditorio de nivel cultural medio al explicarle que los incendios forestales o los accidentes de tráfico incrementan el PIB), la realidad es que la presencia del PIB en el debate político-social-mediático actual no sólo no se ha reducido sino que se ha acentuado y matizado extremadamente: hoy el público espera con ansiedad la información sobre variaciones de décimas en el crecimiento (o decrecimiento) del PIB, lo que determinará la salida o la permanencia en la recesión. En

relación con ello, algunos autores están alertando acerca de que la exacerbación de la obsesión por la evolución del PIB (que puede que no mida el bienestar social, pero sí que mide bien lo que le importa a la economía de mercado: beneficios, salarios y rentas de la tierra en términos monetarios) no está facilitando, precisamente, la difusión de las nuevas perspectivas.

En cualquier caso, los representantes del decrecimiento no se centran, en general, en la reducción del PIB en sí mismo como un objetivo, sino en la redefinición del bienestar social e individual, en “la alegría de vivir” en expresión de Georgescu-Roegen, lo que nos vuelve a reencontrar con las raíces profundas de la nueva corriente: el énfasis en los *bienes relacionales*, aquellos en los que la propia relación constituye el valor del bien (Schneider, Kallis y Martínez-Alier, 2010). Bienes que nacen de relaciones interpersonales, de encuentros en los que son esenciales la identidad y la voluntad de las partes implicadas.

### **Profundización en la sostenibilidad y feminismo.**

En este sentido, son notables las conexiones entre la *corriente del decrecimiento* y el *pensamiento feminista*, aunque no todo son coincidencias (Moral Espín y Coronado, 2010). Ambos subrayan la centralidad de la idea de bienestar y calidad de vida que no se vincula fundamentalmente al consumo mercantil, a los ingresos, al salario y al empleo. Cuestionan, como se ha dicho, la validez de los indicadores económicos convencionales (“fuente principal de profundos engaños”) por no incluir los costes ambientales ni el agotamiento de recursos, pero también por no contabilizar el trabajo doméstico y voluntario. Ambos cuestionan la centralidad de los mercados y subrayan los peligros que conlleva una mercantilización masiva de las actividades; ponen en cuestión la centralidad del empleo, reclaman la reducción de la jornada laboral y la posibilidad de desarrollar distintos trabajos y actividades a lo largo del ciclo vital según los deseos, circunstancias personales; hablan de la necesidad de desarrollar “políticas de tiempo”: tiempo para el desarrollo personal, tiempo para la participación, para “los cuidados”, para el desarrollo de actividades artísticas o artesanales, de juego, contemplación o simplemente la felicidad de la vida; ambos ponen énfasis en lo relacional y en la importancia de las emociones, en las relaciones humanas, en la “sostenibilidad de la vida” (Cristina Carrasco, 2001), en la “convivialidad” (Ivan Illich), puesto que la sociedad industrial ha promovido una nueva *elite* de profesionales, cuyo trabajo consiste en convencernos a todos de que “necesitamos lo que no necesitamos” y frente a ella se puede oponer la “convivialidad” o, por decirlo con las propias palabras de Illich, los “instrumentos para la convivialidad” (*tools for conviviality*).

El decrecimiento constituye una apuesta teórica, pero imbuida de un marcado carácter práctico y voluntad transformadora. Las perspectivas del decrecimiento nos impulsan a “apostar por una efectiva *descolonización* de nuestras mentes” (Taibo, 2009). Serge Latouche sintetiza la propuesta en los siguientes diez puntos: 1) reencontrar una huella ecológica sostenible; 2) reducir los transportes; 3) relocalizar las actividades económicas; 4) restaurar la agricultura campesina; 5) transformar las ganancias de productividad en una reducción del tiempo de trabajo; 6) relanzar la producción de bienes relacionales; 7) reducir el gasto de energía en un factor cuatro; 8) limitar la actividad publicitaria; 9) reorientar la investigación tecnocientífica; 10) reapropiarse del dinero y reducir progresivamente el espacio de la banca. Una propuesta que se condensa en la fórmula de las “8 R”; *Reevaluar* (dotarnos de nuevos valores: desestabilizar la centralidad de los mercados, revalorizar el tiempo liberado sobre el mercantilizado), *Reconceptualizar*

(cambio de valores: cambio de la forma de entender la realidad), *Reestructurar* (adecuar la maquina productiva y las relaciones sociales al cambio de valores), *Relocalizar* (vuelta a lo local), *Redistribuir* (tiempos y trabajos, ingresos), *Reducir* (consumo, jornada laboral, residuos), *Reutilizar*, *Reciclar*, a las que se pueden añadir otras “erres” como Reinventar, Relentizar, Rehabilitar... (Latouche, 2009).

## Las dificultades del proyecto

Como señala Jeroen van den Bergh, uno de los participantes en las Conferencias internacionales sobre decrecimiento de París y Barcelona, desde el punto de vista de la *biología evolucionaria* es cuestionable la viabilidad del decrecimiento y la simplificación voluntarios. El altruismo y la cooperación requeridos para la puesta en marcha del *decrecimiento voluntario* no son realistas a la vista de los fuertes instintos humanos de ambición, egoísmo, agresión y competición. Como escribió Nicholas Georgescu-Roegen “... quien crea que puede diseñar un plan para la salvación ecológica de la especie humana no comprende la naturaleza de la evolución y ni siquiera la de la historia, que es la de una lucha permanente bajo formas siempre nuevas, no la de un proceso físico-químico predecible y controlable como los de cocer un huevo o enviar un cohete a la Luna” (citado por Riechmann, 2007).

También Riechmann analiza las dificultades del proceso de *transición* empezando por señalar que los avances se producen en los factores que, aún siendo necesarios, no cuestionan las propias “reglas del juego” del sistema. Es el caso de los ya mencionados avances en eficiencia, que como se ha constatado en anteriores procesos de “modernización ecológica” no impiden que, a consecuencia del denominado “efecto rebote”, el volumen de producción haya crecido más que el porcentaje de reducción de recursos requeridos: somos más eficientes pero causamos un impacto todavía mayor. También se ha avanzado en la idea de la “biomímesis” (aprender/imitar de la naturaleza), consistente, como señala Fernando Prats, en impulsar pautas de acción que minimicen las alteraciones de los ciclos funcionales naturales en la resolución de las necesidades (Prats, 2009:13), en la línea en la que se sitúan las propuestas y realizaciones de Michael Braungart y William McDonough (*De la cuna a la cuna -Cradle to Cradle- Rediseñando la forma en que hacemos las cosas*).

En cambio, los principios de *precaución* y de *autolimitación*, los que afectan a los mecanismos básicos, implican fundamentalmente estrategias sociales, culturales e institucionales. Son los que resultan más ajenos y se contraponen más a la dinámica de funcionamiento del sistema económico y es muy poco lo que se ha avanzado en ellos. Existen elementos socio-culturales muy fuertes, como esa cultura expansiva del ir más allá, esa insistencia en lo ilimitado de los deseos humanos, en el desbordamiento de límites, en la mejora indefinida de la condición humana que se identifica con el consumo creciente de bienes y servicios (Riechmann, 2007).

Como recuerda Antonio Estevan en lo que se puede considerar su testamento vital, al comienzo del Libro Séptimo de La Política, que lleva por título Teoría de la ciudad perfecta, Aristóteles alude a la codicia de los seres humanos, uno de sus temas favoritos, en los siguientes términos: “Se considera uno siempre con bastante virtud, por poca que tenga; pero tratándose de riqueza, fortuna, poder, reputación y todos los demás bienes de este género, no encontramos límites que ponerles, cualquiera que sea la cantidad en que los poseamos”. Pese a ello, a quizás por ello, Antonio Estevan termina su reflexión sobre la riqueza, la fortuna y el poder afirmando: “El deterioro ecológico no se puede frenar sin limitar el crecimiento cuantitativo en los países sobredesarrollados. Esta tesis, nada

nueva, sigue siendo incontestable, más allá de la propaganda desarrollista en la que siguen ancladas las instituciones” (Estevan, 2007:13,20). No todas, querido Antonio, podríamos añadir nosotros.

## **Bibliografía**

Andrés Orive, L. (2009), “Los paisajes rotos”, *7º Concurso de Naciones Unidas sobre Buenas Prácticas para mejorar las condiciones de vida*, Ministerio de la Vivienda, Madrid, pp. 20-23.

Carrasco Bengoa, C. (2001), “La sostenibilidad de la vida ¿Un asunto de mujeres?” *Mientras Tanto*, Nº 82, otoño-invierno 2001, Icaria Editorial, Barcelona.

Herrero, Y. (2010), “Vivir bien con menos; ajustarse a los límites físicos con criterios de justicia”, *Viento Sur*, núm. 108, pp. 27-36.

Di Donato, M. (2010), “Decrecimiento o barbarie”. Entrevista a Serge Latouche disponible en <http://www.decrecimiento.info/2010/01/monica-di-donato-entrevista-serge.html> (consultado 6 de marzo 2010).

Estevan Estevan, A. (2007), *Riqueza, fortuna y poder*, Ediciones del Genal, Málaga.

Latouche, S. (2009), *Decrecimiento y posdesarrollo: el pensamiento creativo contra la economía del absurdo*, Barcelona.

Mander, J. (2007), *Manifiesto sobre transiciones económicas globales*, CIP-Ecosocial, Madrid.

Martinez Alier, J. (2009), «Socially Sustainable Economic Degrowth», *Development and Change*, 40, 6, pp. 1099-1119.

Martínez Gil, J. (1997), *La nueva cultura del agua en España*, Bakeaz, Bilbao.

Morin, E. (2010), “Elogio de la metamorfosis”, *El País*, 17/01/2010.

Moral Espín, L. del, Coronado, Maria Victora (2010), “¡Atención cuidados! Qué aporta y recuerda el feminismo a las perspectivas decrecentistas”, en *Taller decrecimiento y género, Jornadas sobre Decrecimiento ¿Decreces o enriqueces?*, El Quinto Tomate y Ecologistas en Acción, Sevilla, 13 Marzo 2010.

Pérez Orozco, A. (2006), *Perspectivas Feministas en torno a la Economía: el Caso de los Cuidados*, CES, Madrid.

Prats Palazuelo, F. (2009), “Ciudades y cambio global en España”, *7º Concurso de Naciones Unidas sobre Buenas Prácticas para mejorar las condiciones de vida*, Ministerio de la Vivienda, Madrid, pp. 12-15.

Riechmann, J. (2004), *Gente que no quiere viajar a Marte. Ensayos sobre ecología, ética y autolimitación*, Catarata, Madrid.

Riechmann, J. (2007), “Ahora menos que nunca podemos separar el problema ecológico de la cuestión social”, *Centro de Investigación para la Paz (CIP-Ecosocial) – Boletín ECOS*, núm. 1, enero 2008.

Rifkin, J. (2010), "La civilización empática", *El País*, 19 de marzo de 2010.

Ryan, L. y Dziurawiec, S. (2006), "Materialism and its relationship to life satisfaction", en *Social Indicators Research*, 55, pp. 185-197.

Schneider, F., Kallis, G., Martinez-Alier, J. (2010), "Crisis or opportunity? Economic degrowth for social equity and ecological sustainability. Introduction to this special issue", *Journal of Cleaner Production*, 18, pp. 511-518.